

Alí, mi maestro Alí

Ca. 1950.



Óscar Mata

CUANDO ALÍ CHUMACERO murió, no faltó quien me expresara sus condolencias. Su deceso me produjo una sensación de orfandad muy parecida a la que me causó el fallecimiento de mi señor padre. El día que le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura, en el momento en que lo felicitaba, me presentó con uno de sus innumerables amigos con estas palabras: “Óscar es gente mía”. Y al escucharlas yo me sentí galardonado.

Alí Chumacero fue la persona de quien más recibí en el terreno literario; allá por 1970 leyó fragmentos de mi primer libro y me dio un par de consejos que he procurado seguir: “No empieces los párrafos con la misma palabra, procura irlas variando, evita las cacofonías, son descuidos que empobrecen el estilo, nunca dejes de tener a la mano un diccionario”. Alí siempre fue el maestro. “Mi maestro Alí”, todo él sabiduría y generosidad; durante mis estudios, en bastantes ocasiones me prestó libros que yo necesitaba leer y no se encontraban en bibliotecas ni en librerías. Algunos de esos libros eran verdaderas joyas bibliográficas, como la primera edición de *Altazor*, de Huidobro, que el poeta puso en mis manos y causó admiración y envidia de condiscípulos y profesores en la Facultad de Filosofía

y Letras. Posteriormente, en los años en que preparaba mi tesis doctoral, sin que yo se lo pidiera, puso a mi disposición su biblioteca, de más de cuarenta mil volúmenes, la mayor parte de literatura mexicana. El ofrecimiento se repitió cuando me di a la tarea de investigar la obra editorial de Juan José Arreola; al revisar su colección de los Cuadernos del Unicornio puso en mis manos tres números que tenía repetidos, unos tesoritos; sin embargo, lo más valioso fue el caudal de información —anécdotas y sucesos de mucho tiempo atrás, todos ellos ciertos, según verifiqué en fuentes hemerográficas— referente a los autores publicados en Los Presentes. Curiosamente, el maestro Alí, hombre de libros que se ganó el pan preparando la edición de miles de títulos, había diseñado los cuadernos de la primera serie de Los Presentes, pero nunca publicó en esas colecciones. Su trabajo en el Fondo de Cultura Económica redondeó una amplísima cultura que había empezado a formarse desde su natal Acaponeta. La lección de Alí consistió en considerar la lectura como una experiencia y un conocimiento que nos enriquecen, y la escritura como una búsqueda de perfección que por obra y gracia de la perseverancia —esas docenas y docenas de versiones de sus poemas—, cual

licor bien bebido, supera todos los círculos viciosos y lleva a la virtud.

Inteligencia es la palabra que mejor expresa al maestro Chumacero: inteligencia para ser en el mundo y estar en la vida, con la certeza y la satisfacción de haber cumplido a cabalidad el encargo humano; todo un señor chingón que hasta el fin de su vida conservó una admirable lucidez mental. En nuestras últimas conversaciones, le hablaba de las ediciones del Fondo de Cultura Económica de mediados del siglo pasado, en las cuales él había intervenido. La sincronía de su memoria con los datos que yo acababa de consultar era casi total, pues a sus 92 años recordaba nombres, títulos y colecciones con exactitud en ochenta por ciento de los casos. Durante estos encuentros finales, jamás externó una queja, ni advertí yo en él un gesto de amargura. “Yo ya no salgo de aquí”, fue su único comentario acerca de su postración. Se encontraba en su biblioteca, muy enfermo pero tranquilo, rodeado de sus libros. “Va a irse bien”, pensé al ver su calma y los amorosos cuidados de hijos, nietos, familiares y amigos. Acto seguido me preguntó si deseaba beber algo y empezamos a platicar, a que sus enseñanzas prosiguieran. ❧



Con Carlos Montemayor y María Chumacero y Gómez Luna. Foto: Virginia Abrín.